

Estudio Preliminar



La arcilla del horror

A mi parecer, no hay nada más misericordioso en el mundo que la incapacidad del cerebro humano de correlacionar todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de mares negros e infinitos, pero no fue concebido que debiéramos llegar muy lejos. Hasta el momento las ciencias, cada una orientada en su propia dirección, nos han causado poco daño; pero algún día, la reconstrucción de conocimientos dispersos nos dará a conocer tan terribles panorámicas de la realidad, y lo terrorífico del lugar que ocupamos en ella, que sólo podremos enloquecer como consecuencia de tal revelación, o buir de la mortífera luz hacia la paz y seguridad de una nueva era de tinieblas.

La Llamada de Cthulhu

¿Cómo puede un hombre temer tanto el espacio que le rodea y, a su vez, poseer la virtud de transmitir el horror que subyace en su mente? La obra de Lovecraft gira en torno a los terrores tribales que nos acomplejan como especie y de las amenazas elementales y primigenias que nos acechan desde los lugares más remotos del Universo. Para comprender su obra hay que buscar pautas definitorias en acontecimientos y personajes históricos que definieron su corrosiva personalidad.

Friedrich Nietzsche. Entre las teorías revolucionarias del filósofo alemán figura la de la muerte de Dios. El hombre se debe a sus deberes morales, sin la intervención divina. La muerte de Dios significa que la fe en el Dios Cristiano no se puede mantener, con sus mandatos y prohibiciones que coartan la creatividad y el desarrollo total del hombre en este mundo; porque es hostil a la vida y es un signo de debilidad y cobardía.

Salvador Dalí. El máximo exponente del surrealismo pictórico creía en la libertad del subconsciente dentro del sueño. Los sueños podían llegar a ser el detonante del proceso creativo.

Harry Houdini. Fue un ilusionista y escapista húngaro de origen judío. Punto de referencia para la magia moderna y capaz de conseguir lo posible de lo imposible. Se ha convertido en un mito entre los magos de nuestro tiempo.

Lovecraft se crió en una mansión de Providence, en el estado de Rhode Island. Una casa enorme, con una biblioteca que contaba con más de dos mil ejemplares, propiedad del abuelo de Howard: Whipple Van Buren Phillips.

A principios del verano de 1883, Susie Phillips Lovecraft, la más joven de las tres hijas de Whipple, y su retoño Howard, llegan a esa mansión y se establecen en la casa. El marido de Susie había ingresado en un sanatorio mental a causa de sus arranques esquizofrénicos y eso marcó el estado mental de la madre de Howard hasta su muerte. Así, el pequeño Lovecraft, de repente, se vio arropado por un ambiente sobre protector, mimado por sus dos tías, unos abuelos paternalistas y una madre desequilibrada.

Howard se convirtió en el centro de las preocupaciones de Susie. Su dieta no incluía verduras, ni pescado —una mala costumbre que le acompañó incluso en la madurez—, pero sí cantidades ingentes de helados y golosinas. Sus paseos nocturnos comenzaron a ser preocupantes, sobre todo porque le llevaban a dormir durante el resto del día. Aderezaba las veladas con libros que su madre repudiaba ya que atentaban contra la moralidad cristiana que prosperaba en el seno de su familia.

Además, Susie, que todavía añoraba tener una hija, intentó reforzar la parte femenina de su vástago y comenzó a vestirlo con ropas poco apropiadas y a trenzar sus cabellos en largos bucles. Hasta los seis años, Howard arrastró un gran complejo y llegó a verse a sí mismo como una niña. Cuando expresó sus protestas ante la familia, Susie montó en cólera y cambió su manera de ver a Howard. A partir de ese momento, Lovecraft se convirtió en el patito feo y Susie se dedicó a pregonar los defectos de su hijo entre sus vecinos.

Comenzaba a forjarse ese estigma de «fracaso» que acompañaría a Lovecraft hasta el fin de sus días y lo convertiría junto a su colega Robert E. Howard —creador de personajes como Conan el Bárbaro, Kull o Salomon Kane— en el paradigma de estampa trágica dentro de la literatura pulp.



H.P. Lovecraft

ESTRUCTURA DE EN LAS MONTAÑA DE LA LOCURA

Estética y temas

Lovecraft, haciendo gala de su capacidad para cohesionar géneros, eleva el terror a la categoría de ciencia ficción durante el invierno de 1931, fecha en la que escribe la novela corta «En la montaña de la locura».

Novela corta: Narración breve sin estructura complicada, sin descripciones largas y con abundantes diálogos. En ella se cuenta la vida de unos personajes pero no se profundiza demasiado en ellos, sino en sus hechos, ya que al ser más corta es más directa.

El director de *Weird Tales* rechazó la novela por su extensión —recordemos que Lovecraft es un autor de relatos cortos— y por el tono descriptivo de su argumento. La publicación de la obra no se llevaría a cabo hasta finales de 1935, en la revista *Astounding Stories*.

La novela corta se sitúa en el octavo puesto de los mitos y el quinto de los textos más extensos del autor de Providence. En él, la Antártida se convierte en el escenario perfecto para acrecentar los niveles de tensión.



La Antártida: una musa helada.

Según la comunidad científica, la Antártida lleva congelada alrededor de catorce millones de años, conservando entre sus hielos eternos el 80% del agua dulce del planeta. Es, por tanto, el cuarto continente en extensión, solo superado por Asia, América y África. También es el lugar donde los termómetros señalan las temperaturas más bajas del planeta, llegando a alcanzar los 89,2 grados bajo cero, y donde los vientos más salvajes barren la superficie del planeta, superando los 325 km/h.

Muchos autores han utilizado la Antártida como escenario de sus historias. El guionista de cómic Greg Rucka y el dibujante Steve Liebre nos narran una historia de puro género negro en su novela gráfica «Whiteout». Poe navega por los hielos antárticos en «Las aventuras de Arthur Gordon Pym». El chileno Francisco Coloane cartografía este gran continente en «Los conquistadores

de la Antártida» y «Antártida: una visión geográfica del continente helado». «Shangai-La. La cruz bajo la Antártida» de Julio Murillo se llevó el Premio de Novela Alfonso Décimo el Sabio.

Una vez más, Lovecraft juega con la locura y lo onírico en su narración para lanzar un mensaje definitivo en su obra.

La negativa de los hombres de ciencia a seguir mi consejo, por razones que se me escapan, me obliga a tomar la palabra y hacer públicos los motivos de mi oposición a la prevista invasión del Antártico, con su vasta búsqueda de fósiles, la perforación sistemática y la fusión de las antiguas capas glaciares, y lo hago muy a mi pesar, máxime cuando tal vez la advertencia no sirva de nada.

En las montañas de la locura, pág. 3.

El autor señala que la ciencia es el camino adecuado para la expansión intelectual y social, pero, a su vez, llevado por su férreo sentido pesimista, no puede evitar añadir que la ciencia también abre caminos ignotos a mundos que el ser humano jamás debería conocer. Una vez más, ese miedo primitivo que impregna toda la obra de Lovecraft aparece en una de sus historias capitales y más representativas.

La Antártida nos muestra su rostro más tenebroso en forma de una cordillera desconocida en cuyas estribaciones encontramos los restos de esos seres primigenios que hallamos en el panteón de los mitos. La Antártida se convierte en el Mordor oscuro y demoledor que culmina la obra de JRR Tolkien («El señor de los anillos») y los científicos protagonistas en los diminutos *hobbits* que deben enfrentarse al horror que subyace en sus entrañas.



Pintura prehistórica de un abrigo del Pla de Petracos, en Cocentaina.

Paralelismo entre la maldad de Mordor y la oscuridad de la cordillera “lovecraftiana” tomando la forma de una frontera que parece marcar el fin del mundo:

Con la mañana volvió la luz gris, pues en las regiones altas soplaban aún el Viento del Oeste, pero abajo, sobre las piedras y en los recintos de la Tierra Tenebrosa, el aire parecía muerto, helado, y a la vez sofocante. [...] Todo alrededor del paisaje era cálido, pardo y tétrico. En los caminos próximos nada se movía, pero Sam temía los ojos avizores del muro de la Garganta de Hierro, a apenas unas doscientas yardas de distancia hacia el norte. Al sudeste, lejana como una sombra oscura y vertical, se erguía la Montaña. Y de ella brotaban humaredas espesas, y aunque las que trepaban a las capas superiores del aire se alejaban a la deriva rumbo al este, alrededor de los flancos rodaban unos nubarrones que se extendían por toda la región. Algunas millas más al noreste se elevaban como fantasmas grises y sombríos los contrafuertes de los Montes de Ceniza, y por detrás de ellos, como nubes lejanas apenas más oscuras que el cielo sombrío, asomaban envueltas en brumas las cumbres septentrionales.

El señor de los anillos: El retorno del rey.

No cabe duda de que este estado de ánimo contribuyó a agravar mi reacción ante el extraño espejismo que se desató sobre nosotros desde el cenit cada vez más opalescente cuando al fin nos acercamos a las montañas y resultó posible distinguir las ondulaciones acumuladas en las estribaciones. Había visto docenas de ilusiones polares en el transcurso de las semanas anteriores, algunas de una vividez tan fantástica y enigmática como la de aquel momento, pero aquella poseía un plus de símbolo oscuro y amenazador totalmente nuevo. Me estremecí cuando de entre los turbulentos vapores del hielo surgió un dédalo de murallas, torres y minaretes de fábula. La imagen generada por el efecto óptico era la de una ciudad ciclópea cuya arquitectura resultaba ajena al hombre y a la imaginación humana: las agregaciones inmensas de mampostería, negra como la noche, generaban desviaciones monstruosas de las leyes de la geometría y ocasionaba los extremos más grotescos de siniestra extravagancia.

En las montañas de la locura, pág. 39

El estilo Lovecraft

El estilo literario de H.P. Lovecraft viene marcado por los autores del siglo XVIII y por la arcaica poesía inglesa georgiana que tanto admiraba. La herencia de Edgar Allan Poe se traduce en un estilo ampuloso y explícito en el que los acontecimientos que se describen deben de acompañarse con la impresión que causan:

No me siento con ánimo para ser demasiado explícito, pero más vale que describa con franqueza lo que vimos, a pesar de que en aquellos instantes ninguno de los dos tuvimos coraje para admitirlo al otro. Las palabras son inútiles para sugerir al lector el horror de aquel espantoso espectáculo. Paralizó de tal modo nuestras mentes, que aún me asombra que fuéramos capaces de atenuar la luz de las linternas y adentrarnos en el túnel que iba a conducirnos hasta la ciudad muerta.

En las montañas de la locura, pág. 131

No se trata de describir emociones sino de crearlas. En el caso de «En las montañas de la locura» el ejemplo se vuelve aún más singular pues partimos de una premisa científica en la que lo real se convierte en inverosímil y el trasfondo de horror implícito en el relato se vuelve más obsesivo.

Me llevé una gran alegría cuando el espejismo empezó a desvanecerse, aun cuando los torreones y conos de pesadilla adoptaron formas notoriamente más horribles. No miramos hacia la tierra hasta que toda aquella ilusión se diluyó para dar paso a unos palpitantes reflejos de ópalo. Entonces advertimos que nuestro viaje estaba próximo a su conclusión. Las montañas desconocidas se alzaban delante a una altura de vértigo, como una terrible muralla de gigantes cuyas curiosas regularidades podían verse con claridad sin necesidad de prismáticos.

En las montañas de la locura, pág. 40

El estilo de Lovecraft, como buen deudor de la novela gótica, incluye una serie de características que hay que destacar.

•Una atmósfera siniestra.

Que en la novela corta de «En las montañas de la locura» se vuelve aun más claustrofóbica y asfixiante debido al propio escenario aislado por una cordillera más alta que el Himalaya y un descenso a los abismos en busca de una expedición perdida que nos llevará recorrer los restos de una ciudad precámbrica.

En las montañas de la locura

H. P. Lovecraft



CAPÍTULO I

La negativa de los hombres de ciencia a seguir mi consejo, por razones que se me escapan, me obliga a tomar la palabra y hacer públicos los motivos de mi oposición a la prevista invasión del Antártico, con su vasta búsqueda de fósiles, la perforación sistemática y la fusión de las antiguas capas glaciares, y lo hago muy a mi pesar, máxime cuando tal vez la advertencia no sirva de nada.

Resulta inevitable dudar de los hechos reales tal y como debo revelarlos; sin embargo, si omitiera todo cuanto parece insólito o increíble, no quedaría nada. Las fotografías conservadas en mi poder hasta el día de hoy, tanto las normales como las aéreas, van a corroborar mis palabras por ser gráficas y de lo más elocuentes; aun así, despertarán recelo, pues un falsificador capacitado es capaz de obrar maravillas. Se descalificarán los dibujos a tinta, por supuesto, tildándolos de imposturas manifiestas, pese a que la rareza de su técnica debiera causar pasmo y perplejidad entre los peritos de arte.

En último extremo, me veo obligado a confiar en el discernimiento y la autoridad de los contados científicos punteros, pues, por un lado, gozan de la suficiente libertad de pensamiento para estimar los datos según su propio valor, terriblemente convincente, o a la luz de determinados ciclos antiguos de lo más desconcertantes, y por otro, disfrutan de la influencia necesaria para disuadir al mundo de la exploración en general de llevar a cabo cualquier proyecto imprudente o demasiado ambicioso en la región de esas montañas de locura. Es un triste hecho que personas relativamente poco conocidas como mis colegas y yo, vinculados sólo a una universidad modesta, tengamos escasas posibilidades de influir en asuntos de naturaleza tan extremadamente anómala y controvertida.

Obra también en nuestra contra el hecho de no ser, en el sentido estricto del término, especialistas en los campos que vienen al caso. Como geólogo, mi objetivo al dirigir la expedición de la Universidad de Miskatonic se reducía únicamente a la obtención de muestras de roca y tierra de las capas más profundas en diferentes partes del continente antártico gracias al taladro sin parangón diseñado por Frank H. Pabodie,

profesor titular en la Facultad de Ingeniería. No albergaba deseo alguno de ser pionero en ningún otro campo que no fuera aquél, aunque sí confiaba que el uso de este nuevo ingenio mecánico en diferentes puntos de las rutas ya exploradas permitiera la extracción de materiales de naturaleza no obtenida hasta ese momento mediante los medios habituales de extracción.

La perforadora de Pabodie era excepcional e innovadora, como el público ya conoce a través de nuestros comunicados, por la ligereza, su fácil transporte, y la capacidad para combinar el principio del taladro artesiano normal y el del pequeño taladro circular para roca, lo cual le permitía horadar con suma rapidez estratos de diferente dureza. El cabezal de acero, las barras articuladas, el motor de gasolina, la torre de perforación desmontable hecha de madera, el equipo para realizar voladuras, la cordada, la cuchara extractora de escombros y las cañas de perforación de dos centímetros de diámetro y 300 metros de profundidad, todo eso, más los repuestos necesarios, suponía una carga no mayor que la que podían transportar tres trineos con un tiro de siete perros. Cuatro grandes aeroplanos Dornier, construidos ex profeso para volar a la altura necesaria en la meseta antártica y dotados de unos ingenios suplementarios ideados por Pabodie, tales como los calentadores de combustible y un mecanismo de arranque rápido, iban a transportar a la expedición al completo desde una base situada al borde de la gran barrera de hielo hasta diversos puntos apropiados del interior, a partir de los cuales podríamos valerlos de los trineos si contábamos con el suficiente número de perros.

Planeábamos cubrir la máxima extensión posible durante una estación antártica, o más tiempo en caso de resultar absolutamente necesario, centrando nuestra actuación en las cordilleras y en la meseta sur del mar de Ross, regiones exploradas en grado diverso por Shackleton, Amundsen, Scott y Byrd. Esperábamos extraer una cantidad de material sin precedentes, en especial de los estratos precámbricos, de donde tan pocas muestras antárticas se habían conseguido hasta esa fecha, merced a continuos traslados de campamento en aeroplano y al hecho de abarcar distancias lo bastante grandes como para tener significación desde una perspectiva geológica. También albergábamos el deseo de obtener

la mayor variedad posible de rocas superiores fosilíferas, pues la historia de la vida primigenia en este reino desolado de hielo y muerte reviste la mayor importancia para nuestro conocimiento del pasado de la Tierra. Es de todos sabido que el continente antártico tuvo otrora un clima templado, incluso tropical, y que estuvo cubierto por una vegetación frondosa y lleno de vida animal, sin otros supervivientes en la actualidad que los líquenes, la fauna marina, los arácnidos y los pingüinos de la orilla septentrional; y esperábamos ser capaces de ampliar esa información en variedad, exactitud y detalle. Cuando una perforación sencilla revelase muestras fosilíferas, ensancharíamos la apertura mediante voladuras a fin de conseguir otras de tamaño y estado de conservación adecuados.

Las calas, de profundidad variable según las expectativas ofrecidas por el suelo o la roca de la capa superior, iban a limitarse a superficies donde el suelo quedara casi al descubierto o lo estuviera por completo, lo cual, inevitablemente, reducía las alternativas a riscos y laderas, pues las tierras bajas se hallaban cubiertas por una capa de hielo de dos o tres kilómetros de espesor. No podíamos perder tiempo perforando meras capas glaciares pese a que Pabodie había ideado con tal fin un plan: hundir electrodos de cobre en los grupos de perforación y así derretir áreas limitadas de hielo con la corriente generada por una dinamo de gasolina. Una expedición como la nuestra sólo podía llevar a cabo algo así de forma puramente experimental, mas ése es el programa proyectado por la expedición Starweather-Moore, a pesar de las advertencias que he publicado desde nuestro regreso del Antártico.

La opinión pública está al tanto de la Expedición Miskatonic gracias a los frecuentes reportajes remitidos por radiotelégrafo al *Arkhan Advertiser* y a la agencia de noticias Associated Press, así como los artículos posteriores míos y de Pabodie. Componíamos el equipo expedicionario cuatro profesores titulares de la universidad: Pabodie; Lake, de la Facultad de Biología; Atwood, de la de Física; y yo, en calidad de geólogo y de jefe nominal de la expedición; junto a 16 ayudantes: siete graduados en la Universidad de Miskatonic y nueve mecánicos especializados. Doce de ellos tenían licencia para pilotar aeroplanos y todos, salvo dos, eran radiotelegrafistas competentes. Además, ocho miembros del equipo tenían conocimientos sobre navegación con sextante y compás, al igual

que Pabodie, Atwood y yo. A todo eso se le sumaba, por supuesto, la dotación completa de nuestros dos barcos, antiguos balleneros equipados con vapor auxiliar y reforzados para poder resistir la climatología polar.

La Fundación Nathaniel Derby Pickman sufragó los gastos de la expedición con el concurso de algunas aportaciones individuales, lo cual permitió efectuar unos preparativos de lo más minucioso pese a no ser objeto de demasiada atención mediática. Los perros, los trineos, las máquinas, el material de campaña, y las piezas desmontadas de los cinco aviones se transportaron hasta Boston, donde fueron izadas a bordo de nuestros barcos. Estábamos magníficamente equipados para nuestras necesidades concretas y en todo lo concerniente a provisiones, regímenes alimenticios, transporte y construcción de campamentos aprovechamos al máximo la experiencia reciente de los numerosos y especialmente brillantes predecesores, cuya notoriedad y elevado número habían sido la causa de que nuestra expedición, aunque extensa, despertase escaso interés en el mundo.

Tal y como informaron los rotativos, zarpamos del puerto de Boston el 2 de septiembre de 1930 y emprendimos una agradable singladura hacia el sur bordeando la costa, cruzamos el canal de Panamá e hicimos escala en Samoa y Hobart, Tasmania, donde nos avituallamos por última vez. Ningún miembro del cuerpo expedicionario había estado nunca en las regiones polares, razón por la cual depositamos toda nuestra confianza en los capitanes J.B. Douglas, al mando del bergantín *Arkham* y de la parte náutica de la expedición, y Georg Thorfinnssen, al frente de la corbeta *Miskatonic*, ambos balleneros experimentados en la navegación por aguas antárticas.

Avistamos los primeros icebergs, témpanos de forma similar a una mesa de lados verticales, cuando nos hallábamos más o menos a 62° latitud sur y empezamos a tener problemas con los bancos de hielo poco antes de alcanzar el círculo polar antártico, que cruzamos el 20 de octubre con el pintoresco ceremonial de rigor. El descenso de temperatura hizo mella considerable en mí, habituado como estaba a temperaturas más cálidas tras nuestro largo viajes a través de los trópicos, pero procuré cobrar ánimos para afrontar los mayores rigores en ciernes. A menudo

me quedaba fascinado ante los llamativos efectos atmosféricos, entre ellos un espejismo de sorprendente vistosidad, el primero que presencié; en él, los lejanos icebergs se convirtieron en lienzos almenados de inimaginables castillos cósmicos.

Tras abrirnos paso entre los bloques helados, que, por suerte, ni ocupaban una superficie muy extensa ni estaban demasiado cerca unos de otros, volvimos a mar abierto a 67° latitud sur, 175° longitud este, y en la mañana del 23 de octubre apareció por el sur un intenso resplandor amarillo, señal indicadora de la presencia de tierra cubierta por la nieve, y antes del mediodía nos embargó la emoción al contemplar una inmensa y majestuosa cadena de montañas nevadas que se extendía hasta abarcar todo el horizonte visible desde proa. Al fin habíamos localizado un puesto avanzado del gran continente desconocido y su enigmático mundo de muerte helada.

Evidentemente, esos picos eran la cordillera Admiralty, descubierta por Ross, y nuestra singladura consistía ahora en doblar el cabo Adare y bajar costearo Tierra Victoria hasta llegar a nuestra proyectada base en el estrecho de McMurdo, al pie del volcán Erebus, a 77° 9' latitud sur.



La última etapa del viaje fue un intenso acicate para la imaginación: una sucesión incesante de enormes picos pelados se recortaba contra el cielo por occidente mientras el bajo sol septentrional de mediodía o el rasante meridional de medianoche bañaban con sus brumosos rayos rojizos la nieve blanca, el hielo azulado, los cauces del agua y algunas partes expuestas de las laderas de granito negro.

El inclemente viento antártico soplaba a ráfagas entre las desoladas cimas con una cadencia muy similar en ocasiones a una pieza de flauta salvaje y casi sensitiva, cuyas notas abarcaban una escala muy amplia que, por alguna razón subconsciente de la memoria me resultaba turbadora e incluso levemente sobrecogedora. Aquel paisaje tenía algo que me recordaba las extrañas e inquietantes pinturas asiáticas de Nicholas Roerich y las aún más extrañas e inquietantes descripciones de la meseta de Leng, de maligna fama, recogidas en el pavoroso *Necronomicón*, del árabe loco Abdul Alhazred. Más tarde tuve ocasión de lamentar mucho haber hojeado ese libro aterrador en la biblioteca de la facultad.

Perdimos de vista por el momento la cordillera occidental el 7 de noviembre, fecha de nuestro paso junto a la isla de Franklin. Al día siguiente avistamos en primer plano los conos de los montes Erebus y Terror, en la isla de Ross, y detrás, la larga hilera de las montañas Parry. Luego, la blanca silueta achaparrada de la gran barrera de hielo se extendió hacia el este y se alzó perpendicular hasta alcanzar los 60 metros de altura, parecida a la de los acantilados rocosos de Quebec, marcando el fin de la navegación hacia el sur. Por la tarde entramos en el estrecho de McMurdo y nos mantuvimos lejos de la orilla, navegando a sotavento del humeante Erebus, cuyo pico de escoria se alzaba sobre el cielo oriental hasta casi los 3.900 metros y tanto se parecía una estampa nipona del sagrado Fujiyama; detrás del mismo se alzaba la cumbre nivea y fantasmal del monte Terror, de 3.325 metros, ahora sin actividad volcánica.

El Erebus soltaba de vez en cuando bocanadas de humo, y uno de los ayudantes licenciados, un brillante joven apellidado Danforth, observó lo que parecía ser lava en la ladera nevada y comentó que esta montaña,

descubierta en 1840, había sido sin duda el origen de la imagen de Poe cuando siete años después escribió:

*(...) como las lavas que inquietas vierten
sus corrientes sulfúreas sobre el Yannek
en los climas extremos del polo,
que gimen mientras se deslizan Yannek abajo
en las regiones de la aurora boreal.*

Danforth era un lector voraz de temas raros y mencionaba con frecuencia a Poe, autor de un relato turbador e inquietante, *La narración de Arthur Gordon Pym*, su única historia larga, cuyo escenario antártico me fascinaba.

Miríadas de pingüinos grotescos graznaban y batían las alas tanto en la costa inhóspita como en la elevada barrera de hielo del fondo al tiempo que era posible ver un elevado número focas corpulentas nadando en el mar o repantingadas sobre los grandes témpanos a la deriva.

Utilizamos botes pequeños para realizar un desembarco difícil en la isla de Ross poco después de la medianoche, ya en la madrugada del día 9. Llevamos a tierra un cable de cada nave y efectuamos los preparativos para descargar el equipo y las provisiones por medio de un aparejo de andarivel. Nos embargó una emoción intensa y compleja cuando pisamos suelo antártico por vez primera, aun cuando en ese punto concreto nos habían precedido las expediciones de Scott y Shackleton. El campamento establecido en la costa helada, al pie del volcán, tenía carácter provisional y nuestro cuartel general siguió estando a bordo del *Arkham*. Trasladamos a tierra el taladro, los perros, los trineos, las tiendas, las provisiones, los tanques de gasolina, un ingenio experimental para derretir hielo, cámaras fotográficas tanto normales como aéreas, y otros accesorios, incluidas tres radios portátiles, además de las de los aviones, capaces de comunicarse con el equipo más potente del bergantín desde cualquier lugar del continente antártico que decidiéramos visitar. El equipo del barco comunicaba con el mundo exterior e iba a transmitir los comunicados de prensa a la potente estación radiotelegráfica del *Arkham Advertiser* en Kingsport Head, Massachusetts. Albergábamos la esperanza de completar nuestro trabajo en el transcurso de un solo

verano austral, aunque si esto resultara imposible invernaríamos en el bergantín y antes de que se cerraran los hielos enviaríamos la goleta al norte con el fin de que se avituallara para otro verano.

Es innecesario repetir lo ya publicado por la prensa sobre nuestras primeras actividades: la ascensión al monte Erebus, las fructíferas perforaciones en varios puntos de la isla de Ross y la rapidez excepcional con que las llevó a cabo el aparato de Pabodie, incluso en estratos de roca maciza, las pruebas realizadas con el pequeño ingenio fundidor de nieve, la arriesgada ascensión con trineos y provisiones a la gran barrera de hielo, en lo alto de la cual se instaló un campamento donde, por último, se procedió al ensamblaje de los cinco aviones. El estado de salud del equipo de tierra, compuesto por 20 hombres y 55 perros de trineo, era extraordinario, aunque, por descontado, hasta ese momento no habíamos afrontado temperaturas ni ventiscas realmente severas. El termómetro oscilaba entre los cero grados y los 20 ó 25 bajo cero, y los inviernos de Nueva Inglaterra ya nos habían acostumbrado a rigores de ese género. El campamento situado sobre la barrera adquirió carácter semipermanente y fue convertido en almacén de reserva de gasolina, provisiones, dinamita y otros suministros.

Sólo hicieron falta cuatro aviones para el transporte del material de exploración propiamente dicho así que dejamos el quinto en el depósito, a cargo de un piloto y dos tripulantes, como medio de que pudieran llegar a nosotros desde el *Arkham* en caso de que resultaran inutilizados los demás aparatos de exploración. Más adelante, cuando no los empleásemos en el transporte de equipo, íbamos a dedicar un par de ellos al transporte entre este almacén y otra base permanente en la gran meseta, entre 900 y 1000 kilómetros al sur, más allá del glaciar de Beardmore. A pesar de los informes casi unánimes sobre los vientos y tempestades terribles que azotaban esa meseta, optamos por instalar varias bases intermedias y arriesgarnos en interés de la economía y una probable mayor eficiencia.

Los informes enviados por radio recogieron el impresionante vuelo sin escalas de cuatro horas de duración efectuado por nuestra escuadrilla, que el 21 de noviembre sobrevoló la gran altiplanicie helada, con

los enormes picos recortados contra el cielo por el este mientras el silencio impenetrable devolvía el eco del zumbido de nuestros motores. El viento apenas nos molestó y sólo nos encontramos un denso banco de niebla, pero lo cruzamos con el concurso de las brújulas de radio. Cuando surgió ante nosotros una vasta pared de hielo, entre los 83° y 84° de latitud, supimos que habíamos llegado al glaciar de Beardmore, la mayor artesa glaciar del mundo, y el mar helado dio paso a un litoral adusto y accidentado. Por fin nos adentrábamos en el mundo blanco de los confines australes, muerto desde hacía millones de años, y mientras tomábamos conciencia de ello atisbamos en lontananza, por el este, la cumbre del monte Nansen, que se alzaba hasta una altura superior a los 4.500 metros.

El establecimiento sin incidentes de la base sur en el glaciar, a 86° 7' de latitud y 124° 23' de longitud este, las calas y los minados rápidos y fructíferos llevados a cabo en los diferentes lugares alcanzados, tanto a lo largo de los recorridos realizados en trineo como en el transcurso de los vuelos cortos, son ya historia; y otro tanto puede decirse de la difícil pero exitosa ascensión al monte Nansen, llevada a cabo entre los días 13 y 15 de diciembre por Pabodie y los licenciados Gedney y Carroll. Nos hallábamos a unos 2.500 metros sobre el nivel del mar cuando las perforaciones hechas en algunos puntos revelaron suelo firme a tan sólo tres metros y medio de la superficie de hielo y nieve; usamos a menudo el ingenio de fusión, hicimos un buen número de calas y practicamos voladuras con el propósito de obtener muestras de minerales en lugares donde a ningún explorador se le había ocurrido siquiera intentarlo antes. Los granitos precámbricos y los ejemplares de areniscas conseguidos por estos medios parecían confirmar nuestra suposición de que aquella meseta guardaba gran uniformidad con la gran masa continental al oeste, mas presentaba ciertas diferencias con las partes del este, situadas debajo de Sudamérica, zona que hasta ese momento habíamos considerado un continente aparte y más pequeño, separado del mayor por la unión helada de los mares de Ross y Weddell, aunque con posterioridad Byrd ha refutado tal hipótesis.

En algunas masas de roca sedimentaria, dinamitadas o abiertas a golpe de cincel una vez que los taladros hubieran desvelado su naturaleza,

hallamos fragmentos y restos fósiles de lo más interesantes, en particular, líquenes, algas, trilobites, crinoides y moluscos como lingulas y gasterópodos, todos ellos de capital importancia en lo concerniente a la historia primigenia de la región. También apareció una extraña marca triangular con estrías de diámetro no superior a 30 centímetros. Fue reconstruida por Lake a partir de tres fragmentos de pizarra que habían salido a la superficie con ocasión de una de las voladuras. Dichos trozos procedían de un lugar situado al oeste, muy próximo a la cordillera de la Reina Alejandra. En su condición de biólogo, Lake encontró estas curiosas marcas de lo más fascinante y difíciles de explicar; en cambio a mí, como geólogo, me parecieron muy similares a otros muchos efectos rizados tan habituales en las rocas sedimentarias. Dado que la pizarra solo es una formación metamórfica a la cual se le ha añadido a presión un estrato sedimentario y dado que esa fuerza tiene efectos distorsionantes en cualquier vestigio, no vi razón alguna para tanto asombro ante esa incisión acanalada.

El 6 de enero de 1933, Lake, Pabodie, Daniels, seis estudiantes y yo mismo sobrevolamos el Polo Sur a bordo de dos de los grandes aeroplanos. Nos vimos obligados a aterrizar en una ocasión a causa de un repentino vendaval que, por fortuna, no degeneró en la típica tormenta. Éste fue, como recogieron los periódicos, uno de los muchos vuelos de reconocimiento; en otros intentamos discernir nuevos rasgos topográficos en áreas aún no holladas por expediciones anteriores, pero en ese punto nos llevamos un chasco durante nuestros primeros vuelos, aunque gracias a los mismos presenciamos algunos ejemplos soberbios de espejismos fabulosos e ilusorios de las regiones polares, de los que ya habíamos tenido fugaces anticipos durante nuestra singladura marítima. Montañas remotas flotaban en el cielo como ciudades encantadas y a menudo todo aquel mundo blanco se desvanecía para convertirse en una tierra de ensueño dunsaniano, un paisaje de plata, oro y grana, promisorio de aventuras a la luz de un sol bajo de medianoche. Nos resultaba muy complicado volar durante los días nubosos, dada la tendencia del cielo y la tierra nevada a fundirse en un místico vacío opalescente desprovisto de un horizonte perceptible que indicara el lugar de unión de uno y otra.

Al final, tomamos la decisión de llevar a cabo nuestro plan original de volar 800 kilómetros al este con los cuatro aviones de reco-

nocimiento y establecer otra base auxiliar en un punto situado en la porción menor del continente, como creíamos erróneamente. Las muestras geológicas que se consiguieran allí nos permitirían establecer una comparación. Nuestra salud hasta ese momento continuaba siendo excelente, pues el jugo de lima compensaba sobradamente la dieta invariable de comida enlatada o en salazón, y las temperaturas, normalmente por encima de cero, nos permitían prescindir de las prendas de abrigo más gruesas. Estábamos a mediados de verano y con presteza y esmero podríamos concluir el trabajo en marzo y ahorrarnos así la tediosa internada de la larga noche antártica. Soportamos el azote de varias tormentas virulentas procedentes del oeste, pero salimos ilesos gracias a la pericia de Atwood en la construcción de protecciones y cobertizos rudimentarios para los aviones con pesados bloques de hielo y al hecho de que reforzamos con nieve los refugios más importantes del campamento. Nuestra buena suerte y eficacia fueron, sin duda, casi milagrosas.

El mundo exterior tenía noticia de nuestro programa, por descontado, y se le había informado también de la desconcertante y tenaz insistencia de Lake por realizar un viaje de reconocimiento hacia el oeste, o hacia el noroeste más bien, antes del traslado definitivo a la nueva base. Al parecer, había meditado mucho, y con un atrevimiento preocupante, sobre la marca triangular con estrías hallada en la pizarra, en donde había localizado ciertas contradicciones, en cuanto a naturaleza y periodo geológico, que habían despertado su curiosidad y el deseo de practicar nuevas perforaciones y voladuras en la formación que se extendía hacia el oeste a la que aparentemente pertenecían los fragmentos exhumados. Albergaba la extraña convicción de que dicha marca era la huella de algún organismo desconocido, voluminoso e imposible de clasificar, y muy evolucionado a pesar de que la roca en cuestión correspondía a un periodo tremendamente antiguo, el cámbrico, en realidad el precámbrico, una fecha tan remota como para excluir la posible existencia no solo de cualquier forma de vida altamente evolucionada, sino incluso de cualquier organismo en un estado superior a los unicelulares, o como mucho a los trilobites. Los fragmentos con las extrañas estrías debían de tener entre 500 y 1.000 millones de años.



CAPÍTULO XI

Otra vez he llegado a un pasaje donde me resulta difícil proseguir. Ya debería estar curtido a estas alturas, sí, pero hay ciertas experiencias y señales que te hacen un daño profundo como para que pueda curarse la herida, y te dejan tan afectado que el recuerdo despierta todo el horror original. Vimos, como he dicho, unas cosas ante nosotros, al mismo tiempo que se intensificaba el hedor dominante, netamente mezclado con la otra pestilencia, la más conocida. La luz de las linternas aclaró lo que eran aquellas figuras; y osamos acercarnos cuando distinguimos, a pesar de la distancia, que eran tan poco peligrosos como los seis especímenes desenterrados de las atroces fosas tapadas con montículos estrellados que descubrimos en el campamento del pobre Lake. Era cierto que no estaban más completos que los otros, pero el viscoso charco de fluido verdoso probaba que la mutilación era mucho más reciente. Al encontrarlos en este estado sorprendente nos preguntamos qué tipo de conflicto se habría desarrollado en aquella negrura.



Cuando se ataca a una bandada de pingüinos, se defienden ferozmente a picotazos; y ahora podíamos escuchar con nitidez que más allá había una colonia. ¿Habrían perturbado los otros a la bandada, convirtiéndose en sus víctimas mortales? Pero al aproximarnos pudimos darnos cuenta de que no parecía probable que los picotazos de esas aves hubiesen podido ocasionar tales traumatismos en tejidos tan resistentes. Sin contar que el grupo de grandes y ciegos pájaros nos pareció especialmente pacífico.

¿Acaso habían luchado entre sí y los que faltaban eran los responsables de estas muertes? Pero entonces, ¿dónde se encontraban ahora? Si no estaban muy lejos, ¿serían una amenaza para nosotros? Mientras avanzábamos con parsimonia y aprensión, mirábamos con recelo en algunas galerías laterales. De todas maneras, había algo indiscutible: aquel conflicto había provocado que los pingüinos se alejaran de sus guaridas. Por tanto, la pelea debió desarrollarse cerca de la colonia que se escuchaba débilmente, en el insondable abismo, pues no había indicios de que su vivienda habitual estuviera en las galerías. Pensamos que tal vez hubo una cruel persecución y que los más débiles habían intentado llegar a los trineos ocultos cuando sus verdugos acabaron con ellos. Llegamos a imaginarnos un combate diabólico entre las inhumanas entidades surgidas del oscuro abismo precedidas por una multitud de pingüinos aterrorizados que graznaban al correr.

He comentado que nos aproximarnos atemorizados a aquellas masas inertes e incompletas. ¡Ojalá no lo hubiéramos hecho y hubiéramos corrido como alma que lleva el diablo para huir de aquel túnel de piso escurridizo y relieves depravados que parodiaban a los seres que habían reemplazado...! ¡Ojalá hubiésemos escapado antes de ver lo que vimos y de que esa imagen se grabara indeleble en nuestras mentes impidiéndonos volver a recuperar la templanza!

Iluminamos con las linternas los cadáveres y descubrimos que las mutilaciones eran similares. Todos habían sido retorcidos, aplastados, reventados y decapitados, y la cabeza estrellada no había sido cortada, sino arrancada o cruelmente succionada. El tufo del nauseabundo fluido verde oscuro había formado un fangal, pero difuminaba el otro reciente

y extraño hedor que habíamos sentido a lo largo de todo el túnel y se hacía aquí mucho más presente. Cuando nos acercamos a los bultos localizamos el origen del segundo e inexplicable hedor, y justo en ese instante, mi compañero, recordando ciertas esculturas profundamente estudiadas de la historia de los Primordiales en la era pérmica, 150 millones de años atrás, profirió un alarido de terror que resonó durante un buen rato en el abovedado, arcaico y siniestro túnel repleto de tenebrosos bajorrelieves palimpsestos.

Estuve a punto de imitarle, porque también yo había visto los arcaicos relieves, y, estremecido, me había asombrado de cómo el anónimo artista había representado, recubiertos de aquella horrorosa baba, los cuerpos caídos y mutilados de algunos Primordiales... a los que los aterradores *shoggoths* habían succionado hasta decapitarlos de la manera habitual durante la gran guerra librada para someterlos. Eran relieves de pesadilla, aborrecibles, a pesar de que simbolizaban entes pretéritos y extintos. El ser humano no debe contemplar ni a los *shoggoths* ni a sus obras ni representación alguna de los mismos. El demente escritor del *Necronomicón* atestigua que nunca han existido, salvo bajo el delirio de los aficionados a ciertas drogas... Protoplasmas amorfos capaces de simular cualquier forma, órgano o proceso... Aglomerados viscosos de células efervescentes, esféricas gomosas de cuatro metros y medio de diámetro, increíblemente elásticos y flexibles, y sólo sujetos mediante la sugestión... Constructores de las más increíbles metrópolis, cada vez más soliviantados e inteligentes, cada vez más anfibios y camaleónicos... ¡Dios mío! ¿Qué locura había empujado a los sacrílegos Primordiales a utilizar y a representar a seres semejantes?

Y entonces, mientras Danforth y yo observábamos cómo refulgía la pastosa y negruzca baba adherida a esos cadáveres decapitados —he-dían de forma obscena con esa pestilencia nueva cuyo origen solo una mente enferma podía llegar a imaginar— y en menor cantidad a la parte lisa del muro recorrido por grupos de puntos, conocimos en lo más profundo de nuestras entrañas la expresión del terror cósmico, y no era miedo a los cuatro ausentes, pues teníamos la convicción casi absoluta de que no iban a poder hacer daño alguno. ¡Pobres infelices! Al fin y al cabo, no eran malignos dentro de su especie. Eran hombres de otra era

y otro orden. La naturaleza les había gastado una jugarreta diabólica, como hará con cualquiera que, impelido por la demencia, la inconsciencia o la crueldad del hombre, se deje seducir por esa inhóspita vastedad muerta o dormida.

Ni siquiera eran salvajes. A fin de cuentas, en realidad, ¿qué habían hecho? Despertarse de pronto en el frío de una era desconocida, quizá mientras eran atacados por unos cuadrúpedos peludos que ladraban furiosos, fuera de sí. En tales circunstancias, se habían resistido como habían podido tanto a esos enemigos como a los igualmente furiosos simios blancos con sus extraños revestimientos y cachivaches. ¡Pobre Lake, pobre Gedney... y pobres Primordiales también! Fueron científicos hasta el final, ¿qué habían hecho que no hiciéramos nosotros en su lugar? Dios mío, qué inteligencia, qué perseverancia. Se habían enfrentado a lo inconcebible igual que los congéneres y ancestros de los bajorrelieves habían desafiado a cosas que eran poco menos que increíbles. Da lo mismo cuál fuera su naturaleza, radiados, vegetales, monstruos, freza estelar..., porque ¡fueron hombres!

Habían cruzado los picos helados cuyas faldas estaban llenas de templos donde otrora habían rendido culto y paseado entre los helechos de tronco. Habían encontrado la ciudad muerta sumida en su maldición. Habían leído en las paredes los anales de los últimos días, al igual que nosotros. Habían intentado reunirse con sus semejantes, en unas oscuras profundidades abisales que jamás habían visto... ¿Y con qué se habían encontrado...? Todo eso nos pasó por la cabeza a Danforth y a mí mientras nuestras miradas iban de las formas mutiladas y recubiertas de baba, a los relieves palimpsesto y a los grupos de puntos de la pared, churreteados por babaza reciente. Estudiamos la escena y entendimos qué había prevalecido y sobrevivido en la ciudad sumergida de ese negro abismo de acceso ribeteado por pingüinos que ahora, como si respondiera al chillido histérico de mi compañero, empezaba a exhalar una rizada niebla blancuzca de lo más siniestra.

La impresión de identificar la sustancia viscosa y el descabezamiento nos dejó petrificados, y sólo más tarde, cuando fuimos capaces de intercambiar algunas palabras, supimos que habíamos pensado lo mismo al

mismo tiempo. Se nos antojó entonces que llevábamos una eternidad en ese lugar a pesar de que no debieron transcurrir más de diez o quince segundos. Los zarcillos de la pálida y aborrecible bruma culebrearon en el aire mientras se acercaban a nosotros. Parecían emanar de un cuerpo en movimiento. Y entonces escuchamos un sonido que desbarató nuestros últimos planes y rompió el hechizo de nuestra inmovilidad, lo cual nos permitió salir disparados entre los graznidos de los desorientados pingüinos y correr de vuelta a la ciudad por corredores megalíticos que discurrían entre el hielo hasta alcanzar el gran círculo abierto, subir por la antigua rampa en espiral y salir al exterior, buscando como posesos la luz del día y el aire puro del exterior.

Tal y como he apuntado, ese sonido nuevo modificó del todo nuestras últimas decisiones, ya que eso fue lo que la disección del infortunado Lake nos había incitado a atribuir a los que ahora dábamos por muertos. Eso era lo que, según me dijo Danforth luego, había captado, aunque de forma mucho más mitigada, al pasar aquella esquina del callejón situado por encima de la glaciación. Y eso, desde luego, guardaba una similitud asombrosa con los silbidos aflautados del viento que los dos habíamos oído en las cuevas de las altas cumbres.

Voy a añadir una última cosa, aun a riesgo de parecer pueril, pues me asombró mucho la forma en que la impresión de Danforth coincidió con la mía. Fueron unas lecturas comunes lo que nos predispuso a pensar lo mismo. Empero, Danforth ha sugerido extrañas ideas sobre las imprevisibles y prohibidas fuentes a las que Poe pudo tener acceso hace un siglo mientras escribía *La narración de Arthur Gordon Pym*. Como ustedes recordarán, la novela fantástica contenía una palabra relacionada con la Antártida de significado enigmático y espeluznante, la palabra proferida sin cesar por unas gigantescas aves de espectral albura en el corazón de ese territorio maligno.

—*Tekeli-li, tekeli-li.*

Y me veo obligado a admitir que, detrás de esa neblina nívea cada vez más próxima, eso precisamente fue lo que nos pareció oír: un sonido malicioso y aflautado de una escala singularmente amplia.



Los dos habíamos echado a correr antes de oír tres notas, o tres sílabas, aun a sabiendas de que podía alcanzarnos, si así se lo proponía, cualquier Primordial que hubiera sobrevivido a la matanza. No obstante, albergábamos la esperanza de que el ser optara por no hacernos daño en caso de capturarnos, pues habíamos demostrado tener una inteligencia parecida a la suya y una actitud nada belicosa. Confiábamos en ser perdonados aunque sólo fuera por curiosidad científica. A la postre, no tenía motivo alguno para hacernos daño si no tenía nada que temer de nosotros. Habría sido inútil intentar escondernos en semejante brete, así que encendimos la linterna para echar un vistazo detrás de nosotros y vimos que la niebla empezaba a disiparse. ¿Íbamos a poder ver al fin a un ejemplar completo y vivo de los otros? Escuchamos una vez más ese sonido malicioso y aflautado:

—*Tekeli-li, tekeli-li.*

Fue entonces cuando nos percatamos de que le estábamos ganando distancia a nuestro perseguidor. Supusimos que tal vez estuviera herido, pero no era momento de correr riesgos, pues no huía de otro ser, sino que venía a por nosotros en respuesta al alarido de Danforth, eso era evidente. Desconocíamos el paradero de aquella pesadilla aberrante, una nauseabunda e inconcebible montaña de protoplasma cuya raza había conquistado los abismos y había enviado algunos pioneros a esculpir las paredes y ocupar las cavernas de las montañas. La idea de abandonar a un destino terrible a este Primordial, con toda probabilidad el único superviviente, nos dio verdadero cargo de conciencia.

No nos detuvimos, menos mal. Las volutas de niebla se habían espesado una vez más, y ahora avanzaban a una velocidad cada vez mayor. Entretanto, los pingüinos huían despavoridos y chillaban, mostrando un pavor sorprendente, máxime si teníamos en cuenta que apenas habían reparado en nuestra presencia. Una vez más nos llegó aquel alarido espeluznante:

—*¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!*

Menudo error: la criatura no estaba herida, sólo había efectuado una pausa al toparse con los cadáveres y la inscripción de la pared. Nunca

íbamos a saber qué decía ese anuncio diabólico, pero aquellas tumbas en el campamento de Lake evidenciaban la alta consideración en que estos seres tenían a sus muertos.

Enseguida divisamos la gruta a la que accedían diversos corredores, y nos congratulamos de dejar atrás todas aquellas figuras malsanas. La caverna nos hizo pensar que aquella criatura podía perdernos la pista en este confuso nudo de corredores, donde había un grupo de pingüinos, presa visible de un terror atávico. Tal vez lográramos desconcertar al engendro si encendíamos las linternas lo mínimo necesario y las proyectábamos sólo delante de nuestros pasos, contando además con la colaboración de las aterradas aves, cuyos chillidos en medio de la bruma iban a sofocar el ruido de nuestras pisadas y tal vez señalar una falsa dirección. Los zarcillos y volutas de niebla hacían casi imposible distinguir aquel suelo manchado y lleno de cascotes del túnel principal que se abría al otro lado, a diferencia del piso impoluto hasta lo obsesivo de los otros pasajes, y eso, a nuestro parecer, era aplicable incluso a los sentidos especiales de los Primordiales, que en situaciones excepcionales, aunque de forma parcial e imperfecta, estaban capacitados para prescindir de la luz. Nos aterraba perdernos por culpa de las prisas, así que optamos por avanzar hacia la ciudad en línea recta, pues más valía no pensar en qué podría pasar como nos perdiéramos en aquel dédalo de túneles desconocidos.

La prueba de que tuvimos la suerte de dar con la galería correcta y nuestro perseguidor tomó una equivocada es que logramos salir de allí con vida. Los pingüinos solamente no nos hubieran salvado, pero fue posible gracias a su concurso y el de la bruma. Los zarcillos de la niebla se desplazaban de continuo y amenazaban con disiparse de un momento a otro, sólo la buena suerte quiso que la bruma fuera lo bastante densa en el momento adecuado y se aclarara unos instantes antes de que saliéramos del túnel reesculpido a la caverna, lo cual nos permitió obtener un atisbo fugaz de la entidad perseguidora cuando, con el corazón en un puño, volvimos la vista atrás, antes de aminorar la luz de las linternas y correr entre los pingüinos con el deseo de desorientarla. Y si la fortuna nos sonrió al ocultarnos, no lo fue tanto al permitirnos entrever esa imagen, pues a la misma se debe la mitad del horror que nos acosa desde entonces.



Tal vez miramos hacia atrás movidos por el impulso del perseguido de situar a su acosador, o tal vez fue un movimiento indeliberado de responder a la pregunta subconsciente planteada por uno de nuestros sentidos. La cosa no estaba como para ponerse a analizar detalles y aquilatar motivaciones en plena huida y con los cinco sentidos puestos en la carrera, pero nuestras mentes no dejaron de interrogarse sobre el posible significado del mensaje percibido por nuestro olfato. Enseguida comprendimos la razón: nos habíamos alejado de la baba fétida sin que se hubieran alterado los olores, que hubiera sido lo lógico, y la única explicación estaba relacionada con el coincidente acercamiento de nuestro perseguidor. La nueva pestilencia, sin origen definido hasta ese momento, había alcanzado un nivel insoportable junto a los cadáveres decapitados, pero ahora tendría que haber cedido su lugar al olor asociado con los Primordiales. Y sin embargo, no fue el caso. El nuevo olor era más puro e insufrible.

Según parece, los dos volvimos la vista atrás al mismo tiempo. Uno imitó el movimiento del otro antes de que hubiera terminado de girar la cabeza, sin duda, y también a la vez dirigimos los haces de las linternas a toda potencia hacia la niebla, ahora muy endeble, movidos por el deseo básico de ver qué había detrás, o por el no tan elemental pero igual de irreflexivo de deslumbrar a la cosa antes de atenuar la luz y sortear a los pingüinos del laberinto de delante. ¡En mala hora! Ni Orfeo ni la mujer de Lot pagaron un precio tan alto por esa mirada hacia atrás. Una vez más oímos el horrisono y penetrante sonido de amplio registro:

—¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!

No me siento con ánimo para ser demasiado explícito, pero más vale que describa con franqueza lo que vimos, a pesar de que en aquellos instantes ninguno de los dos tuvimos coraje para admitirlo al otro. Las palabras son inútiles para sugerir al lector el horror de aquel espantoso

espectáculo. Paralizó de tal modo nuestras mentes, que aún me asombra que fuéramos capaces atenuar la luz de las linternas y adentrarnos en el túnel que iba a conducirnos hasta la ciudad muerta. Debió de salvarnos el instinto y no la razón, que de ésa nos quedaba la justa, y seguro que lo hizo mejor que la razón, pero si fue así, pagamos el más alto precio por ello. Danforth se quedó completamente enajenado y cada vez que rememoro el resto de nuestra huida, lo primero que recuerdo es su voz entonando una fórmula histérica a la que solo yo de entre toda la humanidad era capaz de hallar otro significado que no parezca un rosario de desatinos. El eco de sus palabras, salmodiadas con voz muy aguda, resonó entre los chillidos de los pingüinos bajo las bóvedas de delante y en las de detrás, que, gracias a Dios, se habían quedado vacías. Danforth no empezó a canturrear enseguida o de lo contrario no hubiéramos salido de allí con vida y ni lo habríamos hecho a la velocidad del rayo. Se me eriza el vello solo de pensar qué habría sido de nosotros si su reacción nerviosa se hubiera desencadenado antes.

—South Station... Washington... Park Street... Kendall... Central... Harvard...

El pobre diablo recitaba las conocidas estaciones del metro Boston-Cambridge, de Nueva Inglaterra a miles de kilómetros de distancia. Y sin embargo, su cantinela me pareció coherente y a propósito. Me inspiraba un profundo espanto, porque sabía muy bien qué le había sugerido esa monstruosa analogía. Cuando miramos hacia atrás pensábamos ver, si la bruma lo permitía, un espantoso y movedizo ente del que ya nos habíamos hecho una clara idea, mas lo que por fin vimos, cuando la niebla se disipó, fue algo muy diferente e inconmensurablemente más repugnante y aborrecible, la personificación de «lo que no debe ser» del novelista de relatos fantásticos. Si fuera posible compararlo a algo sería justamente a un colosal tren subterráneo, cargado de luces centelleantes, viajando a toda velocidad, tal y como se percibe desde el andén de una estación: con su enorme morro negro ante un túnel infinito, llenando por completo la cavidad como un pistón ocupa un cilindro. Pero no se trataba de un ferrocarril subterráneo y además nosotros nos encontramos en lo que serían las mismas vías, mientras la horrenda y dúctil columna negra, nauseabunda e iridiscente, se nos echaba encima a una

velocidad cada vez mayor, levantando a su paso torbellinos de aquella niebla blancuzca. Era una visión terrible e indescriptible, era mayor que cualquier metropolitano; un conglomerado de burbujas protoplásmicas, débilmente luminosas, y con multitud de ojos efímeros que aparecían y desaparecían como pústulas de luz verde. Venía hacia nosotros aplastando pingüinos y deslizándose sobre aquel suelo reluciente que sus semejantes habían limpiado tan diabólicamente de obstáculos. De nuevo se escuchó el grito sobrenatural:

—¡Tekeli-li! Tekeli-li!

Y al fin recordamos que los *shoggoths* habían recibido de los Primordiales la vista, el pensamiento y la maleabilidad necesaria para moldear sus órganos, no tenían otro lenguaje que el de los grupos de puntos ni otra forma de voz que la imitación de la de sus amos desaparecidos tiempo ha.

Guía de Lectura

Actividades





CAPÍTULO 3

17. ¿Crees que está justificada la sensación de miedo que sufre el protagonista desde la avioneta al contemplar la cordillera ante la que se asienta la expedición de Lake?
18. La detestable, legendaria o aborrecible Meseta de Leng. Pongámonos el gorro de investigador y sigamos las huellas de la Meseta de Leng en los mitos lovecraftianos. ¿Qué es la Meseta de Leng? ¿Dónde se encuentra? ¿Y qué conexiones tiene con los Mitos de Cthulhu?
19. Piensas que formas parte del Universo Lovecraftiano y todo lo sucedido en la novela es real. El protagonista censura públicamente sus descubrimientos, a pesar de la certeza de que pueden afectar a la población mundial. ¿Crees que su modo de obrar es correcto?
20. El relato de Dyer deja de ser lineal a partir de este punto y comienza a alterar el orden narrativo desde el descubrimiento del campamento de Lake. ¿Por qué crees que lo hace?

CAPÍTULO 4

21. ¿Los hechos narrados en este capítulo se sitúan antes o después de las últimas páginas del capítulo anterior?
22. ¿Qué hechos reales se ocultan tras la aparente locura de los miembros de la expedición Lake?
23. ¿Cuánto tiempo dura la expedición de Dyer y Danforth a las montañas de la locura? ¿Qué excusas ponen a sus colegas para justificar su retraso?

CAPÍTULO 5

24. ¿Con qué continentes legendarios o ciudades míticas compara Lovecraft sus hallazgos en el Ártico? Háblanos sobre ellos.
25. Extrae de este capítulo más fuentes de los mitos de Cthulhu.
26. Intenta describir en media página la ciudad descubierta por Dyer y Danforth.
27. En toda la narración, no existe ningún diálogo. Conviértete durante unos minutos en un moderno Lovecraft y crea un diálogo entre los protagonistas tomando como referencia este fragmento: *Danforth comenzó a efectuar deducciones incómodas e inoportunas sobre el horror presenciado en el campamento, y me afectaron tanto más cuanto que no podía evitar de acuerdo con él en ciertas conclusiones.*
28. ¿A qué se asemejan los sonidos que escucha Danforth?
29. ¿El final de la ciudad abandonada se produce por un cataclismo?

CAPÍTULO 6

30. ¿Por qué Dyer sabe que los primordiales sentían una especial devoción por su propia historia? ¿Dónde encuentran los investigadores la fuente de sus mitos?

